

La encrucijada turca

Mientras el Ejército turco sigue imponiendo el incontrovertible rumbo de la laicidad, el AKP (Partido de la Justicia y el Desarrollo) del primer ministro Erdogan, confiado en el apoyo de las urnas, avanza por la senda de un islamismo moderado. Tal situación plantea necesariamente estas dos preguntas: ¿Un laicismo militarista tiene cabida en un régimen democrático? ¿Un islamismo democrático es posible? Y, más a las inmediatas, ¿laicismo a la turca e islamismo son ahora mismo compatibles? Esta pregunta adquiere tintes de problema insoluble cuando se recuerda que el 99,8% de la población turca es de religión musulmana. ¿Hay acuerdo posible entre ambas opciones? ¿Alguna de las dos —o las dos— tendrían que modificar sustancialmente su rumbo?

No es extraño que Turquía se haya encontrado, esta misma primavera, al borde de un golpe militar: los islamistas estuvieron a punto de tomar el control, al mismo tiempo, del Gobierno y de la Presidencia (que, según el actual régimen representan, respectivamente, el poder político y el poder del Estado, el cual, a su vez, incluye el control de las Fuerzas Armadas). Hubiera sido una «toma del Estado desde dentro».

El auge político del islamismo se inició en los años noventa en un contexto de crisis y corrupción del régimen militar–nacionalista que controla el país

desde su creación por Kemal Atatürk en 1923. El AKP ganó ya las elecciones en 1995. Las crecientes contradicciones del sistema político desembocaron en 1997 en un nuevo golpe de Estado (el cuarto en cuatro décadas). A pesar de ello, en 2002 el AKP volvió a ganar con una amplia mayoría de escaños. Y desde la llegada del AKP al poder, Turquía ha progresado tanto económica como socialmente. Con lo que se ha reforzado su popularidad. Al mismo tiempo —y paradójicamente— ha impulsado más que ningún otro gobierno anterior el proyecto de adhesión a la Unión Europea, en busca, sin duda, de estabilidad democrática y progreso económico.

Laicismo a la turca

Sorprende encontrar un laicismo tan marcado en el régimen que tomó el relevo del imperio otomano para gobernar a una sociedad islámica. De hecho, el laicismo encontró en Turquía un terreno favorable, aunque minoritario, tanto desde el punto de vista teológico como social, preparado por la comunidad *alevi*, de obediencia chií pero con sus particularidades históricas y culturales, comunidad que ha supuesto siempre un freno a cualquier radicalización religiosa.

El actual régimen político controla la cuestión religiosa desde una especie de «Ministerio de cultos», el *Diyanet*, creado en 1923 por su mismo fundador, Kemal Atatürk, y cuyo principal cometido es la separación entre política y religión. Esta institución, dependiente del primer ministro, dispone de unos 70.000 funcionarios que fiscalizan la enseñanza teológica, la formación religiosa y la construcción y mantenimiento de miles de mezquitas.

Contra toda lógica, este laicismo toma partido por una —y una sola— religión. Es posible obtener en 24 horas los permisos necesarios para construir una mezquita. Pero, si se trata de una capilla cristiana, tras cinco años de demandas sólo se recibe la misma respuesta evasiva, es decir, negativa. Más aún, la formación de una comunidad, *a fortiori* la creación de una escuela o de un hospital, incluso la simple adquisición de una propiedad por parte de una asociación cristiana, resultan sospechosas.

En la práctica el *Diyanet* tiene como objetivo ejercer, desde una óptica nacionalista, un control férreo de cualquier manifestación religiosa. El laicismo es, además, el criterio simbólico esencial para decidir si un ciudadano puede disfrutar de todos sus derechos. Quienes no respeten ese criterio, por ejemplo las jóvenes que llevan velo, no tienen derecho a cursar estudios

La encrucijada turca

universitarios. Dentro de la misma lógica, el pasado mes de abril, el general Büyükanit declaró que el nuevo presidente del país debía ser laico «no sólo de palabra, sino fundamentalmente». En general, las personas religiosas sufren una discriminación comparable a la que se ha practicado en algunos países por motivos raciales.

Laicismo y problema social

Con otras palabras, el laicismo es la expresión del monopolio económico y cultural del sector que controla —o trata de controlar— la sociedad turca. Ideología, religión y situación social se encuentran entremezcladas. En efecto, quienes controlan el aparato del Estado —y, por extensión, la minoría laica urbana y occidentalizada— pertenecen al «centro» o núcleo político de la sociedad. Mientras que al otro lado de la brecha socio-cultural se encuentra la mayoría periférica, provinciana, religiosa y orientalizada. En las décadas pasadas, la distancia entre estos dos sectores era tan grande que no amenazaba el equilibrio social.

Sin embargo, en los últimos años esa distancia ha disminuido. Y a medida que la periferia social se fortalece y amenaza con ocupar el «centro», los conflictos son más intensos. Actualmente, el hecho de que grupos islámicos se nieguen a aceptar un islam tal y como lo ordena el Estado constituye una grave amenaza para el ideal de la «Turquía moderna» de Atatürk.

Velos en un régimen laico

El pasado mes de abril, el Parlamento debía elegir al Presidente de la República, y el partido islamista era el mejor situado para colocar en la suprema magistratura del Estado a su ministro de Exteriores Gül, cuya esposa había sido expulsada de la universidad por llevar el velo (como lo llevan también otras esposas de ministros). Una parte de la opinión consideró intolerables semejantes «provocaciones». Más de un millón de personas se manifestaron en Estambul, Ankara y otras ciudades contra el peligro de islamización. Ante la inminente posibilidad de ver a una Presidenta turca con velo, los partidos de la oposición boicotearon en el Parlamento la elección presidencial. El Ejército advirtió que estaba dispuesto a «cumplir sus obligaciones», advertencia que la tradición política turca califica como «golpe de segundo grado». La oposición recurrió al Tribunal Constitucional, el cual

anuló la elección por falta de quórum en el Parlamento (aunque en este punto no hay consenso entre los juristas). Finalmente, se decidió que el jefe del Estado fuera designado por el voto popular directo, opción que precisaba una reforma de la Constitución.

Pero ni aun así se consideró superada la amenaza islamista. El 25 de mayo el presidente Ahmet Necdet Sezer vetó la reforma constitucional aprobada por el Parlamento dos semanas antes con más de dos tercios de los votos, por considerarla «injustificada» e «inaceptable». Con lo que ya sólo le queda una salida legal: votar por segunda vez en el Parlamento el mismo paquete de enmiendas (Erdogán ha prometido que no cambiará ni una coma del primer proyecto) y someterlo a referéndum popular. Pero en ninguno de los dos trámites podrá evitar a la mayoría islamista.

Los militares turcos se encuentran ante la disyuntiva de permitir el normal funcionamiento de las instituciones democráticas o crear un vacío político como el que se ha producido en Argelia, donde el FLN y sus cuadros militares se atrevieron, hace una década, a anular el triunfo electoral de los islamistas, lo cual trajo como consecuencias la guerra civil, una década de sangrienta represión de la guerrilla y el vacío político que puso de manifiesto la masiva abstención en las elecciones generales del pasado mes de mayo. Turquía se asoma al mismo abismo político.

Entre Oriente y Occidente

En definitiva, ¿qué orientación tomará el país? Un partido, el ultranacionalista, panturquista y antikurdo MHP, mira únicamente hacia Oriente. En las próximas elecciones legislativas tiene probabilidades de llegar al Parlamento (para lo que necesitará alcanzar el 10% de los votos, cosa bastante probable en este caso, pues las grandes ciudades y las clases medias de Anatolia central están traumatizadas por el terrorismo kurdo). Este partido sueña con juntar bajo una misma bandera a las poblaciones de etnia turca del Cáucaso, Irán, Asia Central e, incluso, de la Federación rusa. El resto de la población turca tampoco olvida a sus hermanos de lengua de los vecinos países del Este.

Igualmente, desde el punto de vista histórico y religioso, son muchos los vínculos que todavía unen a los turcos con los países del Próximo Oriente. La sangrienta guerra de Irak, como no podía ser menos, inquieta a todo el país y lo está afectando muy negativamente (en primer lugar desde el punto de vista económico y también por el apoyo que los EE UU han concedido a los kurdos de Irak).

La encrucijada turca

Sin embargo, la historia reciente ha tejido vínculos aún más poderosos con Occidente. Turquía es miembro del Consejo de Europa desde 1949. Su pertenencia a la OTAN a partir de 1955 (en plena guerra fría) la ha situado claramente en el campo occidental, al mismo tiempo que le permitía ejercer un influjo considerable en los Balcanes y en Oriente Próximo. Desde 1963, la Comunidad Económica Europea abrió a Ankara la puerta a una colaboración privilegiada. En 1999 fue nombrada candidata oficial a la adhesión, a pesar de que en la cumbre europea de Copenhague los Quince habían decidido que solamente a los países con una democracia estable y respetuosa de los derechos humanos se les ofrecerían conversaciones con vistas a la adhesión. Sin embargo, desde el «no» francés y neerlandés al Tratado Constitucional, las reglas de juego han cambiado y el clima de las relaciones con la UE se ha alterado. En diciembre 2006, las negociaciones sobre diversas cuestiones quedaron congeladas.

El apoyo que Turquía ha recibido de parte de los EE UU ha sido aún mayor, al menos verbalmente, a cambio de su oposición a la política antiisraelí de los países árabes e Irán. El ambicioso proyecto norteamericano del «Gran Oriente Medio» pretendía presentar a Turquía como modelo de éxito político y de compatibilidad entre islam y democracia. Actualmente, no deja de constituir una gran paradoja que el partido turco más empeñado en occidentalizar a Turquía sea el islamista AKP (movido, sin duda, por la imperiosa necesidad de escapar del control laicista del Ejército). Mientras que, según algunos observadores políticos, el «centro» político turco —y tal vez también, buena parte de la opinión— en realidad no desea integrarse en la UE.

A favor o en contra de su adhesión a la UE

Estados Unidos presiona a la UE para que acelere los pasos necesarios para el ingreso de Turquía. Por otra parte, tras las promesas hechas y los múltiples acuerdos firmados por la UE, ahora resulta imposible contestar a Ankara con un «no» categórico: está en juego la credibilidad europea. El proceso parece irreversible. Además, su ingreso incorporaría a un gran país bisagra del Oeste asiático en el potente bloque democrático europeo. Al mismo tiempo, la propia Turquía quedaría inmunizada contra la ideología islamista y la dictadura militar. Situado dentro de la UE, el más que incipiente pluralismo político turco podría convertirse en un «*poder blando*» de gran valor estratégico en la región próximo-oriental, capaz de orientarla hacia la democracia más eficazmente, por supuesto, que la fracasada invasión norteamericana de Irak. El choque de

civilizaciones provocado unilateralmente por los EE UU necesita un contrapeso de parecidas proporciones.

Pero los argumentos en contra del ingreso de Turquía, en el actual contexto económico, no son menos importantes. ¿Sería capaz este país de asimilar las 800.000 páginas de legislación de las que se ha dotado la UE? Por otra parte, no da señales de participar del espíritu de los fundadores de la UE, que tuvo mucho que ver con un deseo de reconciliación. Para no pocos, Turquía no es europea ni geográfica ni culturalmente: no ha hecho la experiencia cultural del Renacimiento ni la de la Ilustración. Desde el punto de vista económico, con sus casi 90 millones de habitantes, sería un insoportable «peso pesado»; su adhesión causaría gravísimas dificultades que podrían desembocar incluso en el abandono de las prácticas de solidaridad, una de las principales señas de identidad de la UE. Por no hablar de la considerable deuda interna y externa que actualmente grava a la economía turca. Desde el punto de vista de la seguridad, la UE tendría fronteras comunes con Siria, Irak e Irán, con el consiguiente peligro de verse implicada en conflictos regionales. Además, según algunos, el islam constituye una traba a la modernidad, una religión que inevitablemente genera regímenes despóticos. Así ven no pocos la situación desde una UE en plena crisis tras el bloqueo de su Tratado constitucional y la difícil «digestión» de los diez nuevos miembros de 2004 y los dos que se añadieron en 2007.

¿No habría sido preferible ofrecer a Turquía una simple asociación privilegiada con la UE? Sin embargo, seguramente, ahora puede ser demasiado tarde para efectuar un repliegue de tales proporciones. Entonces ¿no habría que mirar hacia delante, una vez más, como ya lo ha hecho Europa en las décadas pasadas? En estos cincuenta años, Europa ha coronado con éxito proyectos que parecían inalcanzables, empezando por la unión entre Francia y Alemania. El desafío que supone realizar algo parecido con el país más próximo del mundo islámico parece hoy igualmente inalcanzable. Sin embargo, por su propia supervivencia, la UE necesita probarse a sí misma y al mundo que es capaz, ahora también, de demostrar su madurez política y moral. Si considera que no es el momento de intentarlo, debería declarar abiertamente una pausa en el proceso de adhesión de Turquía. ■